

## Benedicto XVI presenta a Orígenes

### Intervención en la audiencia general de este miércoles

CIUDAD DEL VATICANO, miércoles, 25 abril 2007 ([ZENIT.org](http://ZENIT.org)).- Publicamos la intervención de Benedicto XVI en la audiencia general de este miércoles dedicada a presentar la figura del padre apostólico Orígenes.

\* \* \*

Queridos hermanos y hermanas:

En nuestras meditaciones sobre las grandes personalidades de la Iglesia antigua, conocemos hoy a una de las más relevantes. Orígenes de Alejandría es realmente una de las personalidades determinantes para todo el desarrollo del pensamiento cristiano. Él recoge la herencia de Clemente de Alejandría, sobre quien hemos meditado el miércoles pasado, y la relanza al futuro de manera tan innovadora que imprime un giro irreversible al desarrollo del pensamiento cristiano. Fue un verdadero «maestro», y así le recordaban con nostalgia y conmoción sus discípulos: no sólo un brillante teólogo, sino un testigo ejemplar de la doctrina que transmitía. «Él enseñó», escribe Eusebio de Cesarea, su entusiasta biógrafo, «que la conducta debe corresponder exactamente a la palabra, y fue sobre todo por esto que, ayudado por la gracia de Dios, indujo a muchos a imitarle» (*Hist. Eccl.* 6,3,7).

Toda su vida estuvo recorrida por un incesante anhelo de martirio. Tenía diecisiete años cuando, en el décimo año del emperador Septimio Severo, se desató en Alejandría la persecución contra los cristianos. Clemente, su maestro, abandonó la ciudad, y el padre de Orígenes, Leónidas, fue encarcelado. Su hijo ansiaba ardientemente el martirio, pero no pudo cumplir este deseo. Entonces escribió a su padre, exhortándole a no desistir del supremo testimonio de la fe. Y cuando Leónidas fue decapitado, el pequeño Orígenes sintió que debía acoger el ejemplo de su vida. Cuarenta años más tarde, mientras predicaba en Cesarea, hizo esta confesión: «De nada me sirve haber tenido un padre mártir si no tengo una buena conducta y no hago honor a la nobleza de mi estirpe, esto es, al martirio de mi padre y al testimonio que le hizo ilustre en Cristo» (*Hom. Ez.* 4,8). En una homilía sucesiva –cuando, gracias a la extrema tolerancia del emperador Felipe el Árabe, parecía ya esfumada la eventualidad de un testimonio cruento- Orígenes exclama: «Si Dios me concediera ser lavado en mi sangre, como para recibir el segundo bautismo habiendo aceptado la muerte por Cristo, me alejaría seguro de este mundo... Pero son dichosos los que merecen estas cosas» (*Hom. Iud.* 7,12). Estas expresiones revelan toda la nostalgia de Orígenes por el bautismo de sangre. Y por fin este irresistible anhelo fue, al menos en parte, complacido. En 250, durante la persecución de Decio, Orígenes fue arrestado y torturado cruelmente. Debilitado por los sufrimientos padecidos, murió algún año después. No tenía aún setenta años.

Hemos aludido a ese «giro irreversible» que Orígenes imprimió a la historia de la teología y del pensamiento cristiano. ¿Pero en qué consiste este hito, esta novedad tan llena de consecuencias? Corresponde en sustancia a la fundación de la teología en la explicación de las Escrituras. Hacer teología era para él esencialmente explicar, comprender la Escritura; o podríamos incluso decir que su teología es la perfecta simbiosis entre teología y exégesis. En verdad, la marca propia de la doctrina origeniana parece residir precisamente en la incesante invitación a pasar de la letra al espíritu de las

Escrituras, para progresar en el conocimiento de Dios. Y este llamado «alegorismo», escribió von Baltasar, coincide precisamente «con el desarrollo del dogma cristiano obrado por la enseñanza de los doctores de la Iglesia», los cuales –de una u otra forma- acogieron la «lección» de Orígenes. Así la tradición y el magisterio, fundamento y garantía de la investigación teológica, llegan a configurarse como «Escritura en acto» (cfr. «*Origene: il mondo, Cristo e la Chiesa*», tr. it., Milano 1972, p. 43). Podemos afirmar por ello que el núcleo central de la inmensa obra literaria de Orígenes consiste en su «triple lectura» de la Biblia. Pero antes de ilustrar esta «lectura» conviene dar una mirada general a la producción literaria del alejandrino. San Jerónimo, en su *Epístola* 33, cita los títulos de 320 libros y de 310 homilias de Orígenes. Lamentablemente la mayor parte de esta obra se perdió, pero incluso lo poco que queda de ella le convierte en el autor más prolífico de los primeros tres siglos cristianos. Su radio de intereses se extiende de la exégesis al dogma, a la filosofía, a la apologética, a la ascética y a la mística. Es una visión fundamental y global de la vida cristiana.

El núcleo inspirador de esta obra es, como hemos mencionado, la «triple lectura» de las Escrituras desarrollada por Orígenes en el arco de su vida. Con esta expresión intentamos aludir a las tres modalidades más importantes –entre sí no sucesivas, sino más frecuentemente superpuestas- con las que Orígenes se dedicó al estudio de las Escrituras. Ante todo él leyó la Biblia con la intención de asegurar el texto mejor y de ofrecer de ella la edición más fiable. Éste, por ejemplo, es el primer paso: conocer realmente qué está escrito y conocer lo que esta escritura quería intencional e inicialmente decir. Realizó un gran estudio con este fin y redactó una edición de la Biblia con seis columnas paralelas, de izquierda a derecha, con el texto hebreo en caracteres hebreos –él tuvo también contactos con los rabinos para comprender bien el texto original hebraico de la Biblia-, después el texto hebraico transliterado en caracteres griegos y a continuación cuatro traducciones diferentes en lengua griega, que le permitían comparar las diversas posibilidades de traducción. De aquí el título de «Hexapla» («seis columnas») atribuido a esta enorme sinopsis. Éste es el primer punto: conocer exactamente qué está escrito, el texto como tal. En segundo lugar Orígenes leyó sistemáticamente la Biblia con sus célebres *Comentarios*. Estos reproducen fielmente las explicaciones que el maestro ofrecía durante la escuela, en Alejandría como en Cesarea. Orígenes avanza casi versículo a versículo, de forma minuciosa, amplia y profunda, con notas de carácter filológico y doctrinal. Él trabaja con gran exactitud para conocer bien qué querían decir los sagrados autores.

Finalmente, también antes de su ordenación presbiteral, Orígenes se dedicó muchísimo a la predicación de la Biblia, adaptándose a un público de composición variada. En cualquier caso, se advierte también en sus *Homilias* al maestro, del todo dedicado a la interpretación sistemática de la perícopa en examen, poco a poco fraccionada en los sucesivos versículos. También en las *Homilias* Orígenes aprovecha todas las ocasiones para recordar las diversas dimensiones del sentido de la Sagrada Escritura, que ayudan o expresan un camino en el crecimiento de la fe: existe el sentido «literal», pero éste oculta profundidades que no aparecen en un primer momento; la segunda dimensión es el sentido «moral»: qué debemos hacer viviendo la palabra; y finalmente el sentido «espiritual», o sea, la unidad de la Escritura, que en todo su desarrollo habla de Cristo. Es el Espíritu Santo quien nos hace entender el contenido cristológico y así la unidad de la Escritura en su diversidad. Sería interesante mostrar esto. He intentado un poco, en mi libro «Jesús de Nazaret», señalar en la situación actual estas múltiples dimensiones de la Palabra, de la Sagrada Escritura, que antes debe ser respetada justamente en el

sentido histórico. Pero este sentido nos trasciende hacia Cristo, en la luz del Espíritu Santo, y nos muestra el camino, cómo vivir. Se encuentra de ello alusión, por ejemplo, en la novena *Homilía sobre los Números*, en la que Orígenes compara la Escritura con las nueces: «Así es la doctrina de la Ley y de los Profetas en la escuela de Cristo», afirma la homilía; «amarga es la letra, que es como la corteza; en segundo lugar atraviesas la cáscara, que es la doctrina moral; en tercer lugar hallarás el sentido de los misterios, del que se nutren las almas de los santos en la vida presente y en la futura» (*Hom. Num. 9,7*).

Sobre todo por esta vía Orígenes llega a promover eficazmente la «lectura cristiana» del Antiguo Testamento, replicando brillantemente el desafío de aquellos herejes –sobre todo gnósticos y marcionitas– que oponían entre sí los dos Testamentos hasta rechazar el Antiguo. Al respecto, en la misma *Homilía sobre los Números*, el alejandrino afirma: «Yo no llamo a la Ley un “Antiguo Testamento”, si la comprendo en el Espíritu. La Ley se convierte en un “Antiguo Testamento” sólo para los que quieren comprenderla carnalmente», esto es, quedándose en la letra del texto. Pero «para nosotros, que la comprendemos y la aplicamos en el Espíritu y en el sentido del Evangelio, la Ley es siempre nueva, y los dos Testamentos son para nosotros un nuevo Testamento, no a causa de la fecha temporal, sino de la novedad del sentido... En cambio, para el pecador y para los que no respetan la condición de la caridad, también los Evangelios envejecen» (*Hom. Num. 9,4*).

Os invito –y así concluyo– a acoger en vuestro corazón la enseñanza de este gran maestro en la fe. Él nos recuerda con íntimo entusiasmo que, en la lectura orante de la Escritura y en el coherente compromiso de la vida, la Iglesia siempre se renueva y rejuvenece. La Palabra de Dios, que no envejece jamás, ni se agota nunca, es medio privilegiado para tal fin. Es en efecto la Palabra de Dios la que, por obra del Espíritu Santo, nos guía siempre de nuevo a la verdad completa (cfr. Benedicto XVI, «*Ai partecipanti al Congresso Internazionale per il XL anniversario della Costituzione dogmatica “Dei Verbum”*», in: «*Insegnamenti*», vol. I, 2005, pp. 552-553). Y pidamos al Señor que nos dé hoy pensadores, teólogos, exégetas que encuentren esta multidimensionalidad, esta actualidad permanente de la Sagrada Escritura, para alimentarnos realmente del verdadero pan de la vida, de su Palabra.

[Traducción del original italiano realizada por Zenit. Al final de la audiencia, el Papa saludó a los peregrinos en varios idiomas. Estas fueron sus palabras en español]:

Queridos hermanos y hermanas:

Orígenes, uno de los más grandes escritores de la Iglesia de los primeros siglos, fue un testigo ejemplar de la doctrina que transmitía, afirmando que "la conducta debe corresponderse exactamente con la palabra". Su deseo del martirio, recordando a su padre que dio la vida por Cristo, se cumple durante la persecución de Decio, en la cual es arrestado y torturado cruelmente, muriendo algunos años después.

Orígenes imprime un "cambio irreversible" al desarrollo del pensamiento teológico, basado en la explicación de las Escrituras, para progresar en el conocimiento de Dios. La tradición y el magisterio se configuran como "Escritura en acción". El núcleo central de su obra consiste en la "triple lectura" de la Biblia. Sus *Comentarios* reproducen fielmente las explicaciones que daba, tanto en Alejandría como en Cesarea, y sus

*Homilías* retoman los diversos significados de las Escrituras. Desde el sentido literal, a través de la interpretación oral, los fieles deben llegar al significado espiritual más profundo. Promueve eficazmente la "lectura cristiana" del Antiguo Testamento, haciendo frente al reto de los herejes que oponían los dos Testamentos hasta rechazar el Antiguo. "Para nosotros,-afirma-, los dos Testamentos son un nuevo Testamento".

Os invito a acoger en vuestros corazones las enseñanzas de este gran "maestro" en la fe. Él nos recuerda que la Iglesia siempre se renueva y rejuvenece con la lectura orante de la Sagrada Escritura y el coherente compromiso de vida.

*[© Copyright 2007 - Libreria Editrice Vaticana]*